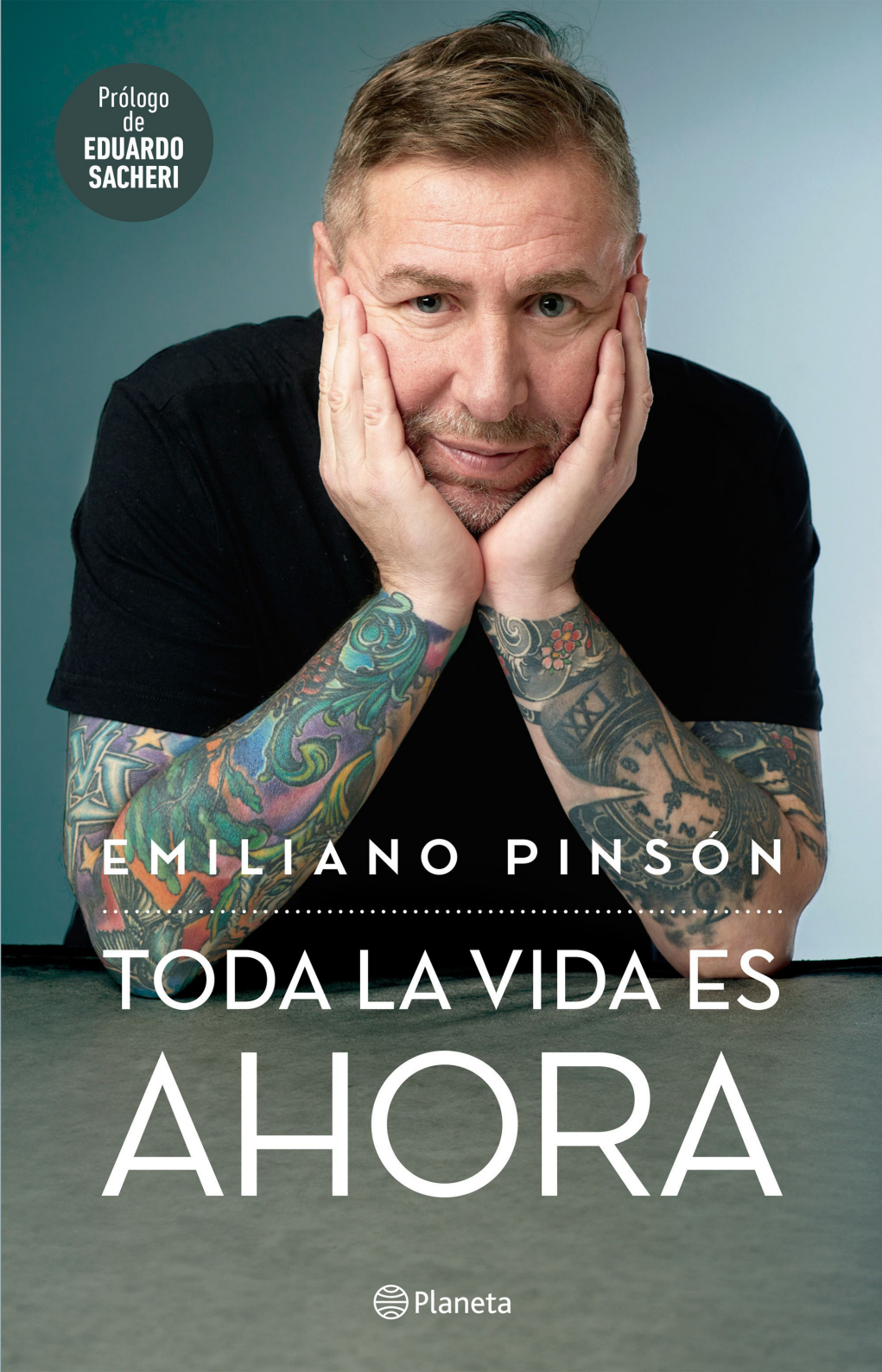




Prólogo
de
**EDUARDO
SACHERI**

EMILIANO PINSÓN

TODA LA VIDA ES

AHORA

EMILIANO PINSON

TODA LA VIDA ES

AHORA

CAPÍTULO 1

**TODA LA VIDA ES AHORA:
LA PINTADA QUE SE CONVIRTIÓ
EN MANTRA**

«Del mismo dolor
Vendrá un nuevo amanecer».

Adiós, Gustavo Cerati

Cuento mi experiencia en charlas por distintos puntos del país, hablo mucho con mis amigos y sé que hay un interés real en los otros por saber cómo vive un tipo de cincuenta y pico, que aparece en la tele desde hace años y al que recientemente le detectaron Parkinson. No es algo habitual y creo que es por eso que varios me venían diciendo que tenía que escribir un libro. La idea, al principio, me resonaba como un pedido un poco invasivo, una especie de intromisión en un espacio que consideraba privado, un territorio inexplorado donde mis pensamientos y emociones se entrelazaban en una maraña compleja y a veces contradictoria. Y, para ser honesto, también me pasaba otra cosa: ¿Qué tengo yo para decirle a otros si en realidad

siento tanta incertidumbre frente a mi propio día a día? Sumado a eso, escribir sobre uno mismo, sobre vivencias y sentimientos, implica una exposición que no siempre resulta cómoda y que deja al descubierto cierta vulnerabilidad. Es como abrir las puertas de tu casa y dejar que el mundo entre a curiosear, a observar cada detalle, a revisar los cajones y cada rincón, con la posibilidad de ser juzgado. Primero fue Paula, mi ex mujer, la que consideró que el espacio que da un libro era el ámbito ideal para que yo pudiera contar el camino que estaba recorriendo. Y Lourdes, una amiga y talentosa productora, fue quien finalmente me animó a dar el primer paso, a concretar la reunión que daría inicio a este proyecto, a este viaje introspectivo que ahora comparto con ustedes. A una por la idea y a la otra por el empujón les debo la posibilidad de haber hecho un alto en las visitas a los médicos, en el trabajo y en las corridas de todos los días para parar la pelota y detenerme a contar lo que me pasa. Aquí estoy, frente a la pantalla iluminada de la computadora, dispuesto a compartir mi historia, con la esperanza de que estas palabras resuenen en alguien más, de que encuentren un eco en otros.

Este libro no es un relato sobre el Parkinson, aunque él, inevitablemente, esté presente en cada línea, en cada palabra, como un personaje silencioso que

observa a distancia. *Toda la vida es ahora* es sobre la vida, sobre cómo un diagnóstico, una frase y una teoría personal se conjugaron para reconfigurar mi mundo, para enseñarme a vivir con una combinación de lucidez, conciencia e intensidad que, paradójicamente, desconocía antes del diagnóstico de la enfermedad.

CINCO PALABRAS QUE ME MARCARON

La frase que transformaría y orientaría mi perspectiva para siempre apareció durante un viaje a España en 2014. Había viajado a Madrid para entrevistar a Vicente del Bosque, el mítico entrenador del Real Madrid y por entonces entrenador de la selección española de fútbol con la que logró el Mundial 2010 y la Eurocopa 2012. Su influencia en el fútbol español fue tan importante que en 2024 fue elegido presidente de la Comisión que tutela el funcionamiento de la Federación Española de Fútbol (RFEF), y se convirtió en la cara y la representación del fútbol de su país.

Aquel viaje fue una oportunidad profesional que me consiguió mi amigo Juan Cruz Castaños, quien vive en España y era productor de unas clínicas deportivas que daba Del Bosque. Él se encargó de conseguir el pasaje y yo logré que el canal se ocupara de cubrir

los viáticos y la estadía para conseguir una nota que en aquel momento era de gran interés. Todo salió a la perfección: la entrevista estuvo muy bien, nos contó sobre su trabajo con la selección española y cómo se estaban preparando para el mundial. La grabamos en un pendrive, se envió sin problemas a la redacción, lista para ser editada y emitida.

Juan Cruz Castaños es uno de esos personajes que cuesta creer que existan. Lo conocí cuando trabajaba en prensa para la marca deportiva que vestía a All Boys, por entonces en Primera (entre 2010 y 2014). Al poco tiempo dejó ese trabajo y apareció en Bilbao. Le pedí una camiseta icónica —la verde, que representa la bandera de Euskadi—, y me la trajo. Ahí pensé: *este flaco es un 10*.

Tiene ese tipo de vida en la que las cosas más insólitas parecen ocurrirle naturalmente. En un momento compró una fábrica de hielo en zona norte... y él mismo hacía los repartos. Un día me llamó para invitarme a su casamiento, que fue en medio del campo. Durante el Mundial de 2018 apareció una noche en Moscú con un bolsito, sin lugar donde dormir. Hoy sigue casado con Flor, tiene dos hijos y vive en los suburbios.

Una vez cumplido aquel objetivo profesional, Juan Cruz me avisó que él tendría que viajar a Valencia

porque allí lo esperaba un plan familiar. Yo, en cambio, me quedé en Madrid para disfrutar de unos días libres pero sin saber muy bien qué hacer. Además, insólitamente, terminé hospedado en casa de un amigo de él, en el barrio Chamartín, con la grata compañía de su perra a la que cuidé y alimenté. Digo «de forma insólita» porque apenas lo conocía, durante su ausencia. Aproveché ese tiempo para recorrer la ciudad, perdiéndome por sus avenidas bulliciosas y sus calles estrechas y laberínticas; descubrí rincones escondidos y plazas tranquilas. Hacía calor. En una de esas plazas, una pequeña plaza peatonal, con una fuente en el centro y un ambiente relajado, encontré un bar. Era el 15 de mayo de 2014. Me senté en una mesa exterior, pedí una gaseosa y, mientras disfrutaba de la tranquilidad del lugar, de la suave brisa, descubrí una pared donde se leía: «Toda la vida es ahora». Esas cinco palabras resonaron en mí con una fuerza inesperada. No hay palabras que puedan describir lo que sentí aquel día. Estaba solo, en una ciudad europea, con un teléfono analógico y recién separado. De pronto, se me vino a la cabeza una imagen que había visto años atrás, durante el Mundial 2006, en la estación de tren de Praga: un enorme mapa de Europa hecho con azulejos, acompañado por relojes que marcaban las salidas de los próximos trenes.

En el mapa aparecían destinos como Bucarest, Sofía, Budapest, Moscú y hasta Beijing. En ese momento sentí una libertad absoluta, la sensación de que mi destino estaba completamente en mis manos. Me sentí inmortal. Tanto que ahora, mientras tipeo esta anécdota, todavía se me eriza la piel.

A la vuelta del viaje, sentí que quería llevar esas palabras más cerca y la frase se convirtió en el tatuaje que llevo en mi antebrazo izquierdo, una marca indeleble en mi piel, una frase que repetía en voz baja y un recordatorio constante de la importancia de pisar fuerte en el día en que vivimos. Fue la llave para comprender todo lo que vendría después. El futuro, entendí años después y recién con el diagnóstico, no está escrito. La vida, en toda su plenitud, con sus triunfos y sus fracasos, se conjuga en presente.

Esa frase se convirtió en mi primer tatuaje. Pero, créanlo o no, a veces las casualidades no son tan casuales. Los otros dos tatuajes llegaron en 2016: uno dice «*El futuro no está escrito*», una cita de Joe Strummer, cantante de The Clash, que también da nombre a un documental sobre su vida. El otro es la última estrofa de la canción *Piscis*, de Attaque 77: «*Ante la peor tormenta, tu mejor sonrisa siempre, hasta el fin*».

EL HUÉSPED INESPERADO ANTE MI «TEORÍA DEL EQUILIBRIO»

El diagnóstico de Parkinson llegó en febrero de 2021, irónicamente, en un gran momento de mi carrera, un punto al que llegué con mucho esfuerzo y dedicación. Tengo hoy reconocimiento profesional, llegué a lo más alto cuando gané el premio Martín Fierro como Mejor comentarista del año que valida mi trayectoria y la satisfacción diaria de cosechar los frutos de años de trabajo, la amistad consolidada con un grupo de personas increíbles que me acompañaban en ese camino... A veces me pregunto qué hubiera pasado sin el Parkinson. ¿Preferiría estar sano? Por supuesto, ahora recién entiendo que la salud no se negocia y que es un tesoro invaluable que a menudo no apreciamos hasta que lo perdemos. Pero no sé si hubiera experimentado la misma profundidad en mis vínculos, la misma conexión con mis hijos, el mismo agradecimiento por las cosas más simples, por los momentos cotidianos que antes pasaban desapercibidos, absorbidos por la vorágine del trabajo y las obligaciones. El Parkinson, sin haber sido invitado a mi vida y sin pedir permiso, se instaló en mi día a día, como un huésped inesperado que llegó para quedarse, y me obligó a repensarlo todo, a buscar un nuevo equilibrio, a reconstruir mi mundo sobre cimientos más sólidos.

Y aquí es donde entra en juego mi «Teoría del equilibrio», una teoría personal, forjada en la experiencia, en la introspección, en la búsqueda constante de un sentido en medio del caos. No se trata de una fórmula mágica, ni de una receta de autoayuda para la felicidad, sino de una toma de conciencia, de una forma de mirar la vida con una perspectiva más amplia, más profunda.

Recuerdo vívidamente un día, previo al diagnóstico, que iba caminando por la Avenida Alem rumbo a Torneos y Competencias escuchando Pearl Jam en los auriculares, sintiendo una plenitud absoluta, un equilibrio casi perfecto, una armonía entre mi mundo interior y el mundo exterior. Y tiempo después la enfermedad trajo la certeza de que esa sensación no era permanente, de que algo podía cambiar, de que la vida es un constante fluir, un río que nunca se detiene. Siempre me llamó la atención el significado del yin y el yang: esa idea de que en todo lo bueno hay algo de oscuridad, y en todo lo malo, un poco de luz. Que nada es completamente puro ni completamente arruinado. Todo convive, se equilibra, se transforma. No se trata de vivir con miedo, con la angustia de lo que pueda suceder, sino de aceptar este ir y venir, una balanza que a veces se inclina para un lado y a veces para el otro. ¿Qué podemos hacer ante esto? Estar

despierto y atento a las fluctuaciones y a los vaivenes de la existencia para transitarlos de la mejor forma.

Desde que hice pública mi enfermedad, en parte a pedido de otros y en parte porque descubrí que me hace bien no ocultar las cosas, comencé a dar charlas donde comparto cómo enfrento el Parkinson. Sin embargo, intento que mis palabras trasciendan mi experiencia personal para llegar a todas las personas que están atravesando momentos difíciles.

Una tarde me dejaron un mensaje en el celular. Era Carina, de Coronel Pringles, invitándome a dar una charla en la Municipalidad, en el marco de un Congreso de Medicina. Sorprendido, acepté. Como la ciudad queda a una hora y media de Bahía Blanca, pedí un pasaje de avión y llamé a mi amigo Sergio Donati, un reconocido periodista local, para que me llevara en su auto, cuya descripción prefiero omitir por respeto a los lectores.

El resultado fue inolvidable: más de 100 personas en el salón principal, entre lágrimas y risas, compartiendo ese momento tan especial.

A partir de ahí, las charlas comenzaron a repetirse en distintas ciudades, y de cada una conservo un recuerdo único. En Bolívar, por ejemplo, la convocatoria generaba muchas dudas, pero después de una intensa campaña logramos llenar el anfiteatro con 300 perso-

nas. En Carlos Tejedor hablé en el teatro municipal, pero lo más inesperado ocurrió al mediodía, cuando una familia me abrió las puertas de su casa y terminé compartiendo un asado. En Bahía Blanca, a pesar de la lluvia y el frío, vinieron 80 personas. Nunca voy a olvidar a aquel señor que me entregó una carta de su esposa —que estaba sentada a su lado— donde me decía que me admiraba, aunque no se animaba a darme en persona.

Comodoro Rivadavia fue el destino más lejano. Hubo una gran concurrencia, ya que la charla formaba parte de un Congreso de Deportes con muchos años de trayectoria. En La Plata hablé en la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, y en Brinkmann, Córdoba, también me recibieron con enorme calidez.

He recibido tantas muestras de afecto, de gratitud, de palabras que me llenaron el alma y me confirmaron que mi experiencia sirve, que llega, que ayuda. Como aquella vez en Tejedor, al comienzo de la charla, cuando una señora se puso de pie y dijo en voz alta: «Me fui a Bolívar a escucharte —155 kilómetros—, volví y le dije a la intendenta que te convocara porque me cambiaste la vida. Vivía encerrada, y ahora salgo, voy a rehabilitación, hago gimnasia...». Y como si estuviera guionado, se levantaron su marido y su hija para

confirmar lo que había dicho. Fue tan emocionante que, incluso hoy, mientras lo recuerdo, se me llenan los ojos de lágrimas.

Me acuerdo de cada uno de esos encuentros porque me llevo algo de cada charla. Mientras escribía este libro, visité Brinkmann, un pueblo de la cuenca lechera de Córdoba, al noroeste de la provincia. Fui invitado por Maximiliano Ferraresi, quien fue mi primer entrenador tras el diagnóstico. En esa localidad de 13 mil habitantes, Maxi dirige un pequeño centro de rehabilitación que funciona de manera ejemplar, atendiendo desde pacientes con obesidad hasta personas con diversas discapacidades.

Di una charla en un teatro con capacidad para 150 personas, aunque terminamos siendo 200. Al inicio, noté algunos rostros serios entre el público, pero rápidamente sentí una calidez enorme. Durante mi intervención, compartí un decálogo de cosas que me incomodan de estar enfermo y las herramientas que descubrí para no dejarme vencer por ellas. Al final de este libro, después de que me hayan acompañado en el recorrido, voy a compartir con ustedes estos diez puntos que me ayudan y me acompañan.

Es común que las preguntas en mis charlas provengan de personas con Parkinson, quienes se sienten más identificadas con mi historia. Sin embargo, también se

acercan quienes cargan con secretos, y muchas veces se van aliviados tras escuchar a alguien que se anima a hablar abiertamente de lo que significa atravesar un mal momento.

Aprendí que, en lugar de guardarme todo, puedo expresar lo que siento y que eso me libera. Este libro busca replicar esas experiencias, pero en papel, estableciendo un vínculo directo con el lector. En algunos tramos —me disculparán— puede que me ponga un poco intenso con el nombre de medicamentos o con la historia de alguno de los profesionales que consulto, no se trata de puro egocentrismo sino un intento de contarles que la búsqueda de estar mejor fue un camino sinuoso.

Durante el verano de 2025, cuando encaré el proceso de producción y escritura de este libro, apareció la posibilidad de viajar a Pamplona, en España, para ser parte de un ensayo médico que probará una nueva droga. Tanto para ustedes, los lectores, como para mí es incierto lo que pasará durante el tratamiento con mi situación médica y con mi pronóstico, pero quise contar acá cómo fue que descubrí el ensayo y el proyecto de selección porque es una forma de plasmar algo que siento: que no está todo dado, que mientras haya vida está la hendidura para aferrarme y probar.

El tratamiento dura un año. Después de eso, si me preguntan qué va a pasar, honestamente tendría que

mentirles, porque no lo sé. Tal vez me vuelva antes, en unos meses, porque extraño. Tal vez, al terminar el año, me propongan un nuevo tratamiento y decida quedarme. Nadie tiene el futuro escrito.

Mi único plan concreto era ver a Oasis el 15 de noviembre de 2025 en River Plate, desde la mejor ubicación, junto a mi hijo Valentín. Pero la vida me va a encontrar cerca del País Vasco, tomando kalimotxo... y ni siquiera eso es seguro porque no sé si podré tomar alcohol. Todo puede cambiar.

Como me dijo mi psicóloga, Mariana Martínez: «Tu vida ahora es una hoja en blanco, tenés todo por escribir». Es cierto. Allí no tengo historia, pero sin dudas voy a salir a buscarlas. Historias de vida, de personas, de caminos recorridos. Porque, al fin y al cabo, eso soy yo: un comunicador. ¿No les parece?

Al final de cada capítulo quiero que retomemos y exploremos juntos algunos de esos sentimientos y actitudes que, incluso sin una enfermedad de por medio, nos paralizan, nos impiden avanzar, nos mantienen atrapados en la telaraña del sufrimiento: el miedo, la rigidez mental, la desconfianza, la inseguridad, la ansiedad, la soledad y el egoísmo.

Este libro, en definitiva, es una invitación a encontrar herramientas para transitar los momentos complicados, un llamado a vivir más plenamente y a

encontrar nuestro propio equilibrio. Es una invitación a comprender que, como leí en aquella pared en Madrid, en aquel bar de una plaza tranquila cuyo nombre no recuerdo, toda la vida es ahora.